

LA CONSTRUCCIÓN DE UNA CANDIDATURA

Era la mañana del domingo 28 de noviembre de 1993. Los integrantes del Comité Ejecutivo Nacional del PRI se reunieron en el despacho contiguo a la biblioteca de la residencia presidencial de Los Pinos. Conforme a los métodos y formas hasta entonces vigentes, lo había convocado para organizar el lanzamiento del candidato del PRI a la presidencia de la República. Durante algunos meses había dialogado con distintos dirigentes políticos sobre las diferentes personalidades que se perfilaban para la candidatura. Entre los miembros del gabinete varios tenían posibilidades. Desde la elección de 1934 el candidato del PRI a la presidencia de la República había surgido del gabinete presidencial. Ésta no sería la excepción.

La opinión pública había ya señalado a los más viables: el secretario de Desarrollo Social, Donaldo Colosio; el secretario de Hacienda, Pedro Aspe; Manuel Camacho, Regente de la Ciudad de México; el secretario de Educación Pública, Ernesto Zedillo, ya Emilio Lozoya, secretario de Energía, Minas e Industria Paraestatal. Otros miembros del gabinete estaban descartados por distintas razones: algunos porque no reunían los requisitos establecidos hasta entonces por la Constitución, como Jaime Serra, cuyos padres no eran mexicanos por nacimiento; otros, porque expresamente habían declarado su no pertenencia al PRI, como Jorge Carpizo, a la sazón Procurador General de la República.

Todos los precandidatos tenían cualidades muy importantes. Aspe, el arquitecto de la reducción de la deuda en 1989, había desarrollado una estrategia financiera que permitió recuperar el crecimiento económico, eliminar el déficit fiscal y alcanzar la estabilidad de precios; gozaba, además, de un enorme prestigio nacional e internacional.

Entre tensiones y retos mayúsculos, Camacho había conducido con acierto el gobierno de la capital de la República por medio del diálogo y la construcción de consensos.

Zedillo había instrumentado una de las reformas educativas más notables en la historia moderna del país; además, había sido corresponsable de la puesta en marcha del programa de Solidaridad; por si fuera poco, como secretario de Programación y Presupuesto había logrado una propuesta de gasto público a favor de los programas sociales, mediante intensas negociaciones con, las diversas fuerzas políticas representadas en la Cámara de Diputados.

Emilio Lozoya había consagrado su larga carrera a promover la eficiencia en el sector público; además era el titular del área responsable de los energéticos.

Las condiciones políticas del PRI y la situación nacional e internacional, hicieron que los claramente elegibles fuera Donaldo Colosio y Pedro Aspe. Ellos dos fueron los finalistas. De las cualidades de Colosio haré un recuento detallado.

Ese domingo en la mañana conversé por separado con algunos dirigentes del PRI. A las 7 lo hice con el presidente del Partido, Fernando Ortiz Arana. Le dije que en el proceso de transformación que vivía el país y frente a los riesgos y oportunidades que representaban los grandes cambios mundiales, se requería un candidato dispuesto a con- solidar la reforma del sistema desde adentro. Desde mi punto de vista el indicado era Luis Donaldo Colosio. Ortiz Arana sentía una enorme simpatía por Colosio, así que su coincidencia entusiasta no fue una sorpresa para mí.

En seguida converse a solas con Fidel Velázquez, el líder de la CTM. En ese momento don Fidel presidía el congreso del trabajo, organización que agrupaba las principales centrales obreras del país. Esta era la décima ocasión en que el líder obrero participaba en la postulación del candidato del PRI a la presidencia de la República. No dudo un momento en expresar su apoyo a Colosio; durante los años en que encabezó a PRI y durante su desempeño en la Secretaría de Desarrollo Social, Colosio promovió acciones de claro beneficio para los obreros y estableció sólidas alianzas dentro de las organizaciones sindicales.

Finalmente, compartí mi posición con el dirigente de la organización nacional de los campesinos, Hugo Andrés Araujo, uno de los más abiertos partidarios de Colosio; la respuesta favorable de Araujo fue inmediata. María de los Angeles Moreno, presidente de la gran comisión de la cámara de diputados, y el líder del senado, Don Emilio M. González, también apoyaron mi decisión.

Concluido el diálogo individual, los reuní a todos en mi despacho. El consenso a favor de Donaldo Colosio fue evidente. Los dirigentes nacionales del PRI acordaron trasladarse de inmediato a la sede del Partido para hacer pública la postulación. Recordé la experiencia de seis años atrás, cuando una indiscreción amenazó con descarrilar el proceso de mi candidatura. Les pedí que partieran todos juntos en un autobús hacia la sede del PRI. Fidel Velázquez me dijo que primero asistiría a un acto concertado con dirigentes obreros y que más tarde se trasladaría al PRI. Para don Fidel y la CTM era muy importante que la organización sindical fuera la primera en manifestarse por el candidato. Para mí era indispensable que la postulación fuera ordenada; por eso le sugerí al líder que primero acudiera al **PRI** junto con los demás dirigentes y que después asistiera a su evento. Comprendió las razones y accedió de muy buena gana.

Los dirigentes partieron. Después, invité a Donaldo a conversar. Nos sentíamos muy alentados por la respuesta de los dirigentes más importantes del PRI. No esperábamos una actitud diferente, pero siempre había el riesgo de alguna divergencia.

Concluía una etapa muy importante: la del proceso de selección del candidato. Colosio no podía ocultar su entusiasmo. Al mismo tiempo, estoy seguro, por su mente pasaban las tensiones que viviría en las siguientes horas. Entonces recordamos nuestra conversación del día anterior.

El sábado 27 de noviembre regresé de una intensa gira de trabajo que me llevó por el Distrito Federal y los estados de Michoacán, Chihuahua, Jalisco, Aguascalientes y Sonora. El propósito de aquella gira fue destacar la labor del gobierno en materia de vivienda: Ese año se habían construido más de 320,000 unidades, una cifra sin precedentes. La vivienda era un área bajo la responsabilidad de Colosio. Durante la gira Donaldo tuvo un desempeño sobresaliente. Sabía que al regresar nos entrevistaríamos en Los Pinos; le había pedido a Patricio Chirinos y a José Córdoba, dos de sus simpatizantes, que asistieran con él a mi oficina en esa fecha.

Ese día 27 los tres llegaron hasta mi despacho en la residencia. Agradecí a Chirinos y a Córdoba que lo hubieran acompañado y les pedí que nos dejaran a solas.

Era un mediodía de noviembre grato y soleado. La luz llenaba el despacho de una atmósfera cálida y tranquila. Colosio y yo nos sentamos en el terno de sillones. Ya no habría más un escritorio entre los dos, como durante los acuerdos presidenciales o las sesiones de trabajo. Ahora conversamos sin ninguna barrera, con la cercanía que propicia la afinidad personal. Desde mi llegada a ese despacho cinco años antes, lo único que había cambiado era el tapiz de los sillones y el color de las paredes. Lo enmarcaba un cuadro de Tamayo en el que dominaban los tonos rosa, naranja, y ladrillo; eran alegres.

Para iniciar la conversación le comenté que el desempeño de su trabajo era en verdad excepcional. Había logrado promover el cambio del sistema desde adentro, sin rupturas pero sin pausas. Le dije que sabía de su compromiso con el pueblo organizado, con el trabajo por el pueblo y para el pueblo. Además, subrayé, él comprendía las transformaciones que vivía el mundo y estaba dispuesto a acometerlas. Pero no avancé más. Era innecesario abundar en las razones de su candidatura. Durante varios años se habían hecho evidentes. Me detuve. Lo miré a los ojos. Brillaban. Él suponía lo que le iba a decir pero no era lo mismo suponerlo que saberlo. Entonces me invadió la emoción de una manera que sólo había experimentado seis años antes, el 2 de Octubre de 1987, cuando Miguel de la Madrid me anunció que el PRI me iba a postular como su candidato. Lentamente, pero con la firmeza que me daba la convicción sobre sus cualidades y méritos, le dije: "Donaldo, el PRI te va a postular a la presidencia de la República". La emoción estuvo a punto de cortarme la voz. Visiblemente conmovido, Donaldo me pidió que me pusiera de pie; me estrechó la mano y me dio un abrazo cálido y largo. Me expresó que acometería el reto con convicción y ánimo. Durante más de dos horas hablamos sobre los retos del país, los aliados y los adversarios en la lucha, sobre el esfuerzo realizado y lo mucho que faltaba por hacer. Hablamos sobre la vida familiar, los hijos y su futuro. Su entusiasmo era evidente. Vibraba con la fuerza que da la culminación del propósito largamente perseguido.

Luego me habló sobre la forma en que deseaba estructurar su equipo de campaña. Esto me confirmó que al asumir con anticipación la posibilidad de alcanzar la candidatura, había reflexionado ya sobre la manera en que integraría a su gente. Era una muestra más de su sólido carácter. Colosio propuso a Carlos Rojas como responsable de la campaña. Rojas, coordinador del Programa de Solidaridad, se había desempeñado como subsecretario bajo las órdenes de Colosio. Era una propuesta muy inteligente. Era notables las cualidades personales de Carlos Rojas, sus convicciones sociales y su talento político. Además, su presencia como coordinador de campaña hubiera ratificado el respaldo total de Donald a Solidaridad. Le comenté sin embargo, que Rojas era su relevo natural en la Secretaría de Desarrollo Social; su labor con los comités de Solidaridad era esencial. Colosio entendió que Rojas jugaba un papel estratégico dentro del gobierno. Entonces sugirió al doctor Ernesto Zedillo, el secretario de Educación. Zedillo venía realizando una labor muy destacada; yo hubiera preferido que la culminara pero ya no podía argumentar en contra por segunda ocasión, así que acepté. Era una buena selección.

En seguida conversamos su seguridad. Seis años antes, cuando De la Madrid me comunicó que yo sería el candidato del PRI, también quiso que habláramos a fondo sobre mi seguridad. En aquella ocasión el Presidente me preguntó cual de los subsecretarios del Estado Mayor Presidencial me parecía idóneo para responsabilizarse de mi integridad durante la campaña; le respondí sin titubear: el general Arturo Cardona, un militar eficaz, leal y discreto. Ese día de Noviembre de 1993 le hice una pregunta similar a Colosio y su respuesta fue inmediata: El General Domiro García Reyes. Colosio le tenía plena confianza y además había demostrado su eficacia como responsable de la seguridad del Papa durante sus dos visitas a México. Acepté de inmediato.

Lo invité a caminar por los jardines de Los Pinos. Los habíamos recorrido muchas veces mientras conversábamos en forma intensa sobre las áreas de su responsabilidad. Ahora hablábamos de manera amistosa sobre las tareas por venir. Luego nos despedimos. Le pedí que regresara al día siguiente antes de las ocho de la mañana para dialogar con los dirigentes del Partido. Antes de su partida le recordé: "La discreción es fundamental, porque si algo se filtra de aquí a mañana, puede crearse un gran problema. Tú lo entiendes". Asintió. Colosio había llegado hacia el mediodía como mi colaborador y horas después salía a encabezar una campaña para alcanzar una responsabilidad nacional.

Un Colosio diferente

Por años me resistí a divulgar estos testimonios. No quería, ni lo quiero ahora, prestarme al juego de quienes negocian con la memoria de Donald Colosio. Si ofrezco esta relación de hechos sobre los vínculos que nos unieron por más de tres lustros, es porque siento la obligación de hacer frente a dos órdenes de infundios, contradictorios entre sí pero ambos contrarios a la verdad sobre la calidad humana y la solidez moral de Colosio. Fueron desde la construcción de una imagen de Colosio dispuesto a renunciar a los principios y al proyecto político que compartimos por más de quince años, es decir, una traición, hasta proponer que Colosio carecía de carácter y era una pieza que se movía al antojo de quien lo controlaba.

Más adelante abordaré el tema de los "contextos políticos" y los efectos del magnicidio. Aquí sólo me propongo hablar del Colosio real, no del inventado en los años que siguieron a su muerte; mucho menos del Colosio apócrifo, cuyos hipotéticos dobleces me habrían llevado a arrepentirme de haber apoyado su candidatura ya reaccionar en contra suya. Tampoco es tema de estas líneas el falso Colosio pasivamente sometido a mis designios. No necesito aclarar estas falacias para desvanecer las intrigas en mi contra.

Donald Colosio fue un hombre íntegro, leal a sí mismo, a sus principios, a sus proyectos, a sus compromisos y, cómo no decirlo, a sus amistades y afectos. Era un hombre que tenía palabra. El Colosio que yo conocí fue también un dirigente de ideas e iniciativas políticas, de convicciones propias y de ideales irrenunciables en el orden de la justicia, la democracia y la ética en el ejercicio del poder. De ese Colosio, que no parecen reconocer quienes le debían todo y ahora desmienten sus mejores virtudes, tratan los testimonios de este capítulo.

Resistencias a su candidatura

La postulación de Donald Colosio a la presidencia de la República despertó el entusiasmo y la

esperanza entre los más amplios y diversos grupos del PRI. Pero su candidatura no fue recibida con beneplácito por todos. Desde el arranque de mi sexenio en 1988, la presencia de Donaldo como dirigente nacional del PRI desató una intensa lucha. Esa lucha se libró, sobre todo, contra los miembros de los grupos habituados a lo tradicional. Si la elección presidencial de julio de 1988 descontroló a esos grupos, la actitud del gobierno y del partido ante el escrutinio adverso al PRI, en la elección estatal de Baja California en 1989, los enfureció. Atados a la ambición de privilegios permanentes, no entendieron que México había cambiado, era otro país.

Julio de 1989: en la elección de Baja California, Colosio, como reformador del sistema desde adentro, enfrentó a los grupos tradicionalistas

La batalla comenzó al día siguiente de la elección presidencial, cuando declaré en forma pública que en México había concluido la época del partido prácticamente único. La contienda se agudizó un año después, en julio de 1989. En esa fecha, por primera vez en casi setenta años, un candidato de oposición, del Partido Acción Nacional (PAN) ganaba la gubernatura de un estado, el norteño estado de Baja California, además, de gran importancia nacional. Con el reconocimiento de la derrota del PRI en Baja California, Colosio se reveló como un reformador del sistema desde adentro.

La derrota del PRI en Baja California fue un acontecimiento de una enorme trascendencia política. Con ella se confirmó, en los hechos, el final del partido prácticamente único. Por primera vez el PRI se convertía en oposición, y por añadidura, en uno de los estados estratégicos de la República. El día de la elección, domingo 2 de julio de 1989, Colosio me llamó por la noche para decirme que las tendencias de la votación en Baja California no eran favorables al PRI. Las horas siguientes fueron intensas y agitadas. Los grupos más duros del PRI se resistían a reconocer el triunfo de la oposición. Donaldo me dijo que los argumentos eran muchos: para varios priístas aceptar la derrota era asumir el principio de una debacle en el PRI; para otros era una muestra de debilidad política; para algunos más aceptar el triunfo equivalía a un acto de *lesa patria*: la entrega de un estado fronterizo del norte del país a un candidato del Partido Acción Nacional. Estos grupos invocaban su peculiar idea de nacionalismo para evadir la aceptación de aquel suceso democrático. La presión era enorme: Colosio me comentó que había grupos dispuestos a excavar un túnel hasta el lugar donde se guardaban las boletas electorales para tratar de modificar el resultado.

Sin embargo, no había argumento contra los números: el conteo de votos arrojaba que el candidato del PAN, Ernesto Ruffo, había obtenido más de 200,000 votos, mientras que Margarita Ortega, la candidata priísta, sólo había alcanzado 162,000. Una multitud de priístas acudió a la sede del **PRI** en Mexicali, la capital del estado, para presionar en contra del reconocimiento del triunfo opositor. Pero la derrota era indiscutible. A pesar de la excelente campaña de nuestra candidata, la crisis cambiaría de 1988 y el pésimo gobierno priísta estatal habían causado estragos en esa población fronteriza; ahora el electorado le cobraba al **PRI** algunas cuentas pendientes al preferir un gobernador de oposición. Ruffo había hecho lo suyo al desarrollar una muy buena labor en los años previos, como alcalde de Ensenada.

Cuarenta y ocho horas después de la elección, y tras enfrentar las presiones internas y al verificarse los resultados electorales, Donaldo Colosio se presentó ante los medios nacionales y extranjeros. Declaró que las tendencias favorecían al candidato del PAN. Asumió con decisión y valor ese momento político, verdadero parteaguas en la vida del PRI y del país.

Era necesario actuar en apoyo del anuncio de Colosio: encargué al secretario de Gobernación que hablara con los ex presidentes de la República para comunicarles en persona la noticia y me dediqué a coordinar la llamada "operación cicatriz" entre los miembros del PRI en Baja California y en el resto del país. Donaldo convocó a una reunión con sus colegas senadores del partido: en un encuentro de verdad agitado, los representantes priístas le hicieron reproches airados al sonorenses, por haberse atrevido a reconocer el triunfo del PAN en Baja California. Sólo la entereza de Colosio y el apoyo que le construimos le permitió salir adelante frente a esos embates.

A partir de 1989, reformas del PRI que afectaron intereses arraigados

La actitud de político modernizador no fue la única que los grupos más habituados a las viejas

prácticas recelaban de Donaldo Colosio entre 1988 y 1993. Como reformador del PRI, Colosio había iniciado la transformación de los documentos básicos y los procedimientos del Partido. Los cambios iban en una dirección que afectaba intereses y cuotas de poder. Como se verá con detalle más adelante, Donaldo promovió un nuevo esfuerzo para seleccionar candidatos a través de la consulta a la base, con el voto directo y secreto de los militantes; así se hizo, por ejemplo, al inicio de los noventa en el estado de Colima. También sacudió al Partido al revisar su estructura corporativa; con este objeto decidió terminar con la separación de los movimientos obrero y campesino mediante la organización del Pacto Obrero-Campesino. Asimismo, reconoció la importancia de los nuevos movimientos populares en los barrios más pobres de las ciudades, promovió su incorporación a través del nuevo Movimiento Territorial y alentó la ciudadanización de las organizaciones intermedias del PRI. Colosio abrazó decididamente el liberalismo social como la nueva filosofía del Partido, en contraposición a las tesis populistas y corporativistas de los tradicionalistas y las ideas neoliberales que sostenían algunos miembros de la alta burocracia del Estado, junto con varios líderes empresariales.

Colosio supo también llevar a cabo con firmeza algunas decisiones que afectaron intereses -si bien lo hizo con la habilidad política necesaria para evitar al máximo las confrontaciones ásperas-. Por ejemplo, participó en las reformas a la ley del Infonavit, las cuales buscaban terminar con las asignaciones de contratos a las compañías pertenecientes a los líderes obreros o a sus familiares y amigos. También tomó parte en una serie de acciones destinadas a poner fin a las fuentes productoras de fondos para el control corporativo del Partido. En julio de 1993, Colosio me comentó que había logrado al fin que don Fidel Velázquez asumiera la iniciativa de ley que eliminaba la asignación de contratos entre los líderes del sector y sus allegados. Don Fidel se había resistido bajo la presión de algunos dirigentes obreros. El interés de Fidel Velázquez nunca fue hacer negocio sino mantener bajo control a sus agremiados, incluidos los elementos más retardatarios del sindicalismo. Un cuidadoso diálogo entre Colosio y este líder social permitió orientar a los trabajadores hacia el acceso libre al crédito hipotecario y ya no mediante intermediación corporativa. Con este diálogo Colosio consolidó la relación política con don Fidel y con las bases obreras, a un mes de la postulación presidencial.

El impulso que Colosio le dio a la sociedad organizada a través del programa de Solidaridad también generó resentimiento entre algunos miembros del Partido y del gobierno. Durante años, esos tradicionalistas usufructuaron los beneficios derivados del manejo vertical de las organizaciones, las cuales dependían en forma directa de los órganos del PRI y del gobierno. Solidaridad promovió la organización popular de abajo hacia arriba, lo que vino a romper con el inveterado control burocrático: los nuevos dirigentes surgían por elección de sus bases, los comités se coordinaban autónomamente, el pueblo organizado trabajaba por él y para él. Los reclamos y resentimientos a esta movilización popular independiente fueron a la vez velados y abiertos. Su expresión más insistente y pública fue tan insidiosa como falsa: Colosio y yo, sosteníamos, pretendíamos sustituir al PRI con el "partido" de Solidaridad. Donaldo me comentó en varias ocasiones su molestia y desprecio ante tales afirmaciones.

En el fondo, lo que estos grupos de prácticas añejas querían era anexar autoritariamente al PRI a las bases sociales que había construido el proyecto de Solidaridad. Una noche, en septiembre de 1992, durante la Tercera Semana de Solidaridad, Colosio y yo dialogamos largamente en Tlaxcala, en una casa del Seguro Social donde pernoctamos. Me dijo que estaba muy entusiasmado con el trabajo de las comunidades alrededor de los comités de Solidaridad. Anoté lo que Colosio me dijo:

Lo que más me irrita es que anteriormente nuestros simpatizantes acudían cada vez menos por su voluntad. Se resistían a ser "acarreados". y cuando por fin empiezan a acercarse de manera espontánea, pues en los hechos hay respuestas a sus demandas a través de Solidaridad, algunos caciques, de todos los niveles, presionan para poner bajo su mando y para su beneficio el programa. No se dan cuenta cómo han cambiado las cosas. Cuando converso con los comités de Solidaridad, sus miembros me dicen que están dispuestos a "jalar", siempre y cuando no haya obligación partidista. El PRI se beneficia de Solidaridad, pero indirectamente, como lo hacen otros partidos. No obstante Solidaridad fracasará si se intenta incorporarlo al PRI.

Trayectoria política y administrativa de Colosio

Aunque, como se ha dicho, algunos no vieron con agrado la postulación de Donaldo Colosio en

noviembre de 1993, para amplios y emergentes sectores del Partido, Donaldo tenía justo el perfil del candidato esperado. Por primera vez en un cuarto de siglo se postulaba a un hombre renovador que había ocupado varios cargos de elección popular. Colosio fue diputado y en el momento de su postulación era senador. También había desempeñado puestos de dirigencia máxima en el PRI: Presidente del Comité Ejecutivo Nacional y Oficial Mayor. Además tuvo la responsabilidad de coordinar una campaña presidencial. Por si fuera poco, venía de ocupar el puesto más importante en el área social del gabinete y contaba con una excelente presencia internacional, derivada del trabajo partidista, pero sobre todo de su desempeño en tareas relacionadas con el medio ambiente. Como miembro del gabinete económico, participó en importantes decisiones de reestructuración económica en México.

Para enfrentar las resistencias, Colosio estableció alianzas durante varios años y tendió puentes de comunicación dentro y fuera del gobierno, en particular con la mayor parte de los miembros del gabinete, con quienes además tenía muy buenas relaciones personales. Los legisladores priístas del Congreso de la Unión había recibido el apoyo para sus postulaciones y campañas cuando Colosio encabezaba el Partido. Lo mismo había sucedido con la mayoría de los gobernadores, cuya obra social pudo promover desde Sedesol. Donaldo consiguió establecer una cercanía especial con los dirigentes campesinos, gracias a su estrecha relación con Hugo Andrés Araujo, secretario general de la CNC; asimismo, construyó puentes con las organizaciones campesinas más radicales.

Mediante el programa de Solidaridad, Colosio estableció diversos vínculos con los nuevos líderes y los recientes cuadros de las colonias populares y las zonas más apartadas del país. Con las dirigencias sindicales construyó importantes lazos, si bien algunas se vieron afectadas por la cancelación de sus actividades como contratistas. Otros líderes, sin embargo, encontraron un soporte fundamental en Colosio para atender las justas demandas de sus representados.

Desde su trabajo en la Presidencia del PRI, Colosio se relacionó con los dirigentes políticos de todas las generaciones del Partido. En lo personal, yo lo había alentado a lo largo de los años para que ampliara sus contactos, incluso con los críticos más severos de mi gobierno. También estableció un diálogo constante con los conductores de los principales partidos de oposición. De todos los miembros del gabinete, Colosio era el que había asumido el compromiso más claro y contundente con la filosofía del liberalismo social. Los millones de mexicanos beneficiados por Solidaridad sabían que, de llegar Colosio a la presidencia, Solidaridad tendría una proyección extraordinaria, lo cual significaba una oportunidad de progreso y de organización popular independiente.

La construcción de una candidatura

La candidatura de Colosio se construyó a lo largo de varios años. Los más serios analistas políticos del país y del ámbito internacional habían anticipado su lanzamiento, que solo sorprendió a algunos partidarios de otros precandidatos. La postulación se inició bajo los mejores augurios: la aprobación del TLC, conseguida unos días antes prácticamente le garantizaba el triunfo en las elecciones.

¿ Que se quiere decir cuando se afirma que “ la candidatura se construyo a lo largo de varios años”? Una postulación a la presidencia se construí, no porque se conociera con anticipación quien seria el futuro candidato (ni el presidente de la República ni el PRI lo sabían),sino porque dentro de la tradición política en que me toco participar el Partido y la opinión publica exigían que ese candidato surgiera entre las personalidades que mas destacaban en el transcurso de una administración. Como desenlace, el de mayores méritos en las circunstancias nacionales e internacionales era postulado como candidato a la presidencia de la República. Al final de mi gestión tanto el PRI como la opinión publica coincidieron en que el hombre mas calificado era Donaldo Colosio.

Varias veces fui testigo en diferentes situaciones de los procesos de sucesión presidencial. Primero como observador, cuando mi padre, como miembro del gabinete del presidente Adolfo López Mateos, fue considerado como uno de los precandidatos para la sucesión de 1964 (en aquella ocasión fue Gustavo Díaz Ordaz quien obtuvo la candidatura). Mas tarde, en 1982, viví de cerca la candidatura de Miguel de la Madrid. Seis años después, en 1968, conocí en persona las formas y procedimientos que llevan a una postulación. Mas tarde, en 1993 y 94, me toco participar en mi propia sucesión. De esta manera conocí y ejercí la

responsabilidad fundamental que el sistema político le otorgaba al presidente de la República para determinar al candidato a la presidencia. No para designarlo mediante el tan pregonado “dedazo”, no. La responsabilidad que durante décadas concedió el Partido al presidente de la República era doble: por una parte, le exigía que abriera oportunidades de formación y crecimiento a quienes, dentro de su gobierno pudieran aspirar a la candidatura, con el fin de asegurar al partido las mejores opciones; por otro lado, el presidente debía procurar que la postulación se resolviera sin divisiones internas en el Partido y, al mismo tiempo, debía atajar la posibilidad de que algún grupo de presión impusiera su candidato particular.

Esta forma de proceder permitió una gran estabilidad. Gracias a ella las sucesión presidencial- que durante décadas desato luchas por el poder que provocaron una enorme inestabilidad política- se convirtió a lo largo de setenta años en una serie de acontecimientos políticos conducidos sin convulsiones ni revueltas. El deber del presidente de la república con los mexicanos era asegurar una elección democrática; pero su deber con el PRI no terminaba con la postulación del candidato: también era responsable luego de la competencia electoral, de entregarle al sucesor la banda presidencial en tiempo y forma constitucionales.

El perfil del candidato: un ser humano excepcional

El perfil del candidato exigía varias cualidades: patriotismo; voluntad de servicio; animo de negociación; capacidad para construir consensos; tener palabra y, al empeñarla y cumplirla; valor para arriesgar; capacidad de resistir las presiones (que en la presidencia son mayúsculas); fortaleza para no doblarse ante los golpes recios de lo inesperado e imprevisible. En Donald Colosio esas aptitudes se fueron afinando a lo largo de los años.

Una cualidad adicional se requería: para ser presidente había que desearlo. No se trataba, desde luego de la ambición desmedida, pero si alguien hubiera alcanzado la presidencia de la república sin desearlo, difícilmente hubiera podido ejercer esa responsabilidad en forma adecuada. Había que luchar por alcanzar el máximo compromiso de servir a los mexicanos. Si alguien hubiera llegado a la presidencia por azar del destino, sin tener la vocación para ejercerla, no habría encontrado la sana pasión imprescindible para resistir y avanzar, para alguien así la presidencia solo hubiera sido un calvario o un proyecto para fines personales. Un presidente que no hubiese deseado serlo habría pasado el tiempo dedicado a fabricar su proyecto personal, incapaz de imponer rumbo y mando a la nación y, sobre todo, de velar por su mas alta responsabilidad: la soberanía de la patria.

Al pensar en su relevo, los presidentes de México siempre buscaron aspirantes compenetrados con las principales acciones llevadas a cabo durante sus administraciones. No por ánimo continuista, sino porque esas acciones se habían impulsado con la convicción de que eran adecuadas y necesarias para el país, a sabiendas de que el país no empezaba ni concluía con cada administración. De manera inevitable, los programas e iniciativas de una gestión debían ser objeto de cambios y adecuaciones en las siguientes. De ahí que en la postulación de 1993-1994, junto con el **PRI** y la opinión pública, se pensó en un candidato comprometido con las reformas estructurales implementadas en el transcurso del régimen. No sólo era necesario que las conociera; era imprescindible que las comprendiera, e incluso que hubiera trabajado en su diseño e instrumentación.

El candidato debía haber mostrado capacidad para la negociación política en sus diferentes cargos, pues negociar, desde la presidencia, es una cualidad indispensable. También debía haberse involucrado en tareas del PRI, pues, de no ser así, el Partido hubiera resentido la presencia de un candidato sin compromisos partidarios.

Era clave la capacidad política en *los hechos* y no sólo un cierto manejo de la teoría política. El candidato tenía que conocer las nuevas realidades del país, mostrar capacidad para escuchar y comprenderlas preocupaciones y aspiraciones de la gente. Tenía que evitar la pretensión de sustituir con modelos de gabinete las iniciativas del pueblo organizado. En pocas palabras, debía ser un convencido de la necesidad de fortalecer a la sociedad civil.

El aspirante a la presidencia debía tener presencia en los eventos internacionales, prestancia para comunicarse Con líderes de otras naciones y capacidad para hacer valer, Con convicción y sin temores,

nuestros principios soberanos. Debía ser conocedor de nuestra historia y estar orgulloso de ella. También debía poseer una ética personal que le permitiera vencer el miedo a reconocer las virtudes de los demás, y evitar la soberbia del. que señala solo las insuficiencias de los otros, sin la altura de miras para corregir las propias. En resumen, la patria exigía un ser humano excepcional. Donaldo Colosio lo era.

Mi relación con Colosio

Conocí a Donaldo Colosio a mediados de 1979. En mayo de ese año, el entonces secretario de Programación y Presupuesto Miguel de la Madrid, me designó director general de Política Económica y Social en esa dependencia. Integré un equipo de trabajo al cual se incorporó Donaldo como director de área, responsable de los planes regionales. Figuraban además, Rogelio Montemayor como subdirector general, Manuel Cavazos, también como director de área, y Manuel Camacho como asesor. Colosio había estudiado economía en el Instituto Tecnológico de Monterrey. Su desempeño académico le permitió obtener una beca para mantener sus estudios, aunque tuvo que realizar actividades para complementar sus ingresos, como la de prefecto en el internado del Instituto. Ahí conoció a algunos amigos que después tendrían relación profesional con él. Su ánimo de superación lo llevó a estudiar una maestría en la Universidad de Pensilvania. Más tarde, en Viena, durante dos años perfeccionó sus estudios de aplicación de sistemas, con énfasis en el desarrollo regional.

Por aquella época, Colosio trabó muy cercana amistad con Rogelio Montemayor, quien concluía su doctorado en Pensilvania, bajo la batuta de Lawrence Klein. En 1979 Montemayor, quien trabajaba conmigo como subdirector general en Programación y Presupuesto, me comentó que dos compañeros suyos habían regresado al país luego de terminar *sus* estudios de postgrado: Donaldo Colosio y Luis Raúl Domínguez. De inmediato Domínguez fue nombrado director de área, mientras que Donaldo Colosio se incorporó como subdirector. Más tarde Colosio ascendió a director. Durante nuestro trabajo en la Secretaría de Programación y Presupuesto establecimos una relación muy estrecha con Francisco Rojas, entonces coordinador de asesores del secretario Miguel de la Madrid. Colosio desarrolló un gran afecto por Rojas; juntos realizaron un trabajo muy cuidadoso sobre el desarrollo político y programático del Distrito Federal, en el que Donaldo despuntó por su capacidad y *sus* conocimientos.

En septiembre de 1981, el **PRI** postuló como candidato a la presidencia de la República al secretario de Programación y Presupuesto, Miguel de la Madrid. A las pocas horas de su designación, De la Madrid nos convocó a reuniones con un grupo cercano de colaboradores en su casa de trabajo en San Angel. Allí hizo varias designaciones: Ramón Aguirre sería su relevo como secretario de Programación y Presupuesto; Francisco Labastida permanecería como subsecretario en la misma dependencia; Manuel Bartlett sería coordinador de la campaña y Francisco Rojas sería su asesor.

Al terminar la reunión, el candidato se dispuso a retirar por las escaleras que llevaban a las oficinas superiores; a la mitad del camino se detuvo; volteó y me dijo: “ Por cierto, ” Carlos, usted será el Director General del IEPES” Mi sorpresa fue enorme. El Instituto de Estudios Político, Económicos y Sociales del PRI había sido el órgano coordinador de la campaña presidencial de José López Portillo, y para entonces era el instrumento mediante el cual el PRI buscaba buscar talentos y capacidad política de todos los ámbitos del espectro político. Dirigirlo durante una campaña presidencial era la aspiración de todo político con sólida formación técnica. Tenía yo 33 años. Me emocionó saber que se me brindaba tan importante oportunidad y me comprometió la confianza que me otorgó Miguel de la Madrid.

Le propuse al candidato De La Madrid conformar un equipo plural para el IEPES; yo deseaba sobre todo incorporar a miembros de los grupos surgidos alrededor de los precandidatos que habían competido con él. De la Madrid compartía la idea de sumar. Así es que nombre como subdirectores del IEPES a María de los Angeles Moreno, del equipo de Pedro Ojeda; a José Francisco Ruiz Massieu, quien se mantuvo lealmente cerca del doctor Guillermo Soberon; a Pedro Aspe, colaborador de David Ibarra; a Miguel Limón, que estaba con Fernando Solana, y a Alejandro Posadas un cercano y eficaz colaborador de Jorge de la Vega. Así mismo, invite a tres compañeros de trabajo: Donaldo Colosio, Manuel Camacho y Patricio Chirinos. Como responsable de la difusión designe a José Carreño Carlon. Le pedí a Colosio que encabezara el Centro de Estudios Políticos de la Capital (CEPES). Ahí pudo combinar su formación en desarrollo regional con su sensibilidad política. Mi relevo En la Dirección General de Política Económica y Social fue Rogelio

Montemayor. Mas tarde incluí en el IEPES a un colaborador del área de Francisco Labastida, José Córdoba.

En diciembre de 1982, el presidente De la Madrid me designó Secretario de Programación y Presupuesto. Invite entonces a Donaldo Colosio a que se responsabilizara de la Dirección General de Programación y Presupuesto Regional. En esa área se llevaban importantes programas sociales, como PIDER Y COPLAMAR, que años después pasarían a integrarse a Solidaridad. Esto le permitió a Colosio entrar en contacto con comunidades de numerosas regiones del País, así como con grupos políticos de la capital y del interior de la República. Por cierto, durante el desempeño de esa responsabilidad Donaldo trabajo bajo las ordenes del subsecretario Manuel Camacho. Años después, Colosio me recordaría que el trato que Camacho le dio entonces no fue particularmente amable. Ahí Colosio tuvo como compañero de trabajo a Patricio Chirinos, con quien desarrollo una entrañable amistad y relación política.

En 1985 se renovarí la Cámara de Diputados del Congreso de la Unión. El presidente Miguel de la Madrid me preguntó a quiénes podría promover el Partido; deseaba que le recomendara gente con capacidad para discutir en el Congreso asuntos relacionados con las políticas económicas. Nos encontrábamos en aquella terrible década de los ochenta, en medio de una dramática crisis de la deuda que asolaba a México ya la mayor parte de los países en desarrollo. No dudé en recomendar a Colosio, quien fue postulado como candidato a diputado por su natal Magdalena, Sonora.

Colosio desplegó con enorme entusiasmo su campaña electoral. Representar a su tierra en el Congreso de la Unión era la manera de devolverle lo que ella le había dado. Al triunfar Colosio en la elección, sus compañeros de cámara lo designaron presidente de la Comisión de Programación y Presupuesto; esa Comisión tenía vínculos muy estrechos con la secretaría que yo ocupaba. Como secretario, yo tenía la obligación legal de presentarme cada año ante la Cámara de Diputados para explicar y defender la iniciativa del presupuesto. Lo hice en 1982, 1983 y 1984. Después, fue Donaldo quien en 1985 y 1986 coordinó des- de la cámara mis dos últimas comparecencias ante los diputados. Cada una de esas comparecencias duró más de 12 horas y se desarrolló en medio de intensos debates. Colosio intervino en ambas; en particular al final de la segunda, y tras su participación, no dejó llegar a dudas sobre sus lealtades políticas. Era la víspera de la postulación del candi- dato del PRI a la Presidencia.

En octubre de 1987 el PRI me postuló como candidato a la presidencia de la República; no dudé en nombrar a Donaldo coordinador de la campaña presidencial. Colosio tenía excelentes relaciones al interior del Partido gracias a su trabajo en el Congreso. Al mismo tiempo, promoví que el PRI lo designara Oficial Mayor del Comité Ejecutivo Nacional CEN. Colosio tenía la experiencia electoral, partidista y programática, con un claro impacto regional y nacional. \

Cuando tuve el honor de asumir la presidencia de la República, en diciembre de 1988 y en la tradición discutida pero no transcendida al concluir el siglo que reunía el poder presidencial con la instancia superior del partido gubernamental-, promoví a Donaldo Colosio como presidente del CEN del PRI. La medida resultó especialmente aclama- da por los cuadros renovadores del Partido. A lo largo de ese año Colosio había desarrollado su campaña para senador por su estado, Sonora, y había ganado la elección con un amplio margen. Fue así como Donaldo consolidó su presencia política nacional. ',

Colosio y la reforma del PRI

Para enero de 1989, Colosio ya estaba inmerso en los procesos de cambio. Por esos días organizó un coloquio en el PRI. Decidió que participaran algunos miembros del partido cercanos a él. Seleccionó a Roberto Madrazo como moderador de la primera mesa; para la segunda eligió a Eduardo Robledo y para la tercera, sobre América Latina, incluyó a José Carreño como principal comentarista. También invitó a personalidades que se habían pronunciado a favor del cambio, como Rafael Segovia, quien tuvo una participación muy destacada en ese encuentro.

En aquellos tiempo Colosio y yo dedicamos muchas semanas y largas horas a analizar, diseñar y poner en práctica una amplia reforma del Partido. Lo principal era acelerar su transformación para que pudiera pasar una prueba de fuego: la elección federal intermedia en 1991.

Durante aquellos intensos diálogos acordamos que el cambio del PRI debería partir de tres premisas. En primer lugar, una reforma interna que incluyera la revisión de sus documentos básicos y de sus procedimientos para seleccionar candidatos, así como la construcción de nuevas estructuras. Una reforma desde adentro pero sin rupturas, que rescatara y considerara el legado de las generaciones anteriores y, al mismo tiempo, creara espacios para el arribo de las nuevas ideas y estilos innovadores. La segunda tarea consistía en promover una mayor presencia internacional del Partido, congruente con los tiempos de apertura externa que despuntaban y con las nuevas visiones regidas por el concepto de globalidad. La tercera labor era construir el mayor número de alianzas, tanto al interior del Partido como con fuerzas opositoras ante el resultado de la elección de 1988.

La reforma partía de una convicción compartida: la necesidad de conservar al **PRI** como un elemento indispensable para la tarea de gobierno y; a la vez, convertirlo en un partido capaz de ganar elecciones de verdad competidas, justas y transparentes. Colosio promovió la transformación más profunda del **PRI** de las últimas décadas. El 4 de marzo de 1989 asistí en Querétaro al aniversario del Partido. Ahí elogí en forma pública la labor de Colosio. En mis notas de esa fecha recogí:

Fue muy buena la reunión. Los priístas salieron del acto orgullosos de ser del PRI. Donaldo va muy bien. Tiene mucha fuerza. Le hice un amplio elogio en parte para reconocer su trabajo, en parte para que los secretarios del gabinete presentes no sintieran que ellos son los únicos que pueden aspirar a encomiendas superiores.

En junio de 1990 Colosio me comentó una propuesta en materia de organización electoral; la había integrado con más de un año de anticipación a las elecciones federales de 1991. Me refiero al Plan Nacional Electoral. Colosio lo puso en marcha en septiembre de 1990, durante la realización de la XIV Asamblea del Partido, a la cual asistieron más de 10,000 delegados provenientes de varios estados de la República. Durante la Asamblea, los militantes propusieron con libertad sus reflexiones, críticas y proposiciones. Donaldo la condujo de la manera más abierta y plural, pues conocía a fondo los temas centrales que era necesario ventilar. Sin embargo, también sabía que si se dejaba la conducción de la Asamblea únicamente a los delegados, los sectores más tradicionalistas del Partido y las facciones incrustadas en él acabarían imponiendo su línea; tenían suficiente habilidad para controlar y conducir asambleas. Colosio lo sabía muy bien.

Para dirimir diferencias al interior del **PRI** se creó el Consejo político Nacional, integrado de manera colegiada y plural. Se trataba de una especie de "parlamento priísta". Al dejar atrás la estructura sectorial y corporativa del Partido con la exigencia de que cuando menos la mitad de sus integrantes provinieran de las estructuras de los estados, comenzó a perfilarse el sentido de la reforma. Se abrió la afiliación libre e individual, sin el requisito de que el afiliado formara parte de un sector. Las modificaciones a la "Declaración de principios" se hicieron con la concurrencia de 2,000 delegados reunidos en Querétaro. Socorro Díaz, una distinguida militante, encabezó los trabajos. Ahí se aprobó la adopción de dos conceptos planteados por mi administración: Solidaridad y Reforma del Estado. En Oaxtepec, bajo la coordinación de José Carreño Carlón, se votó a favor del nuevo 'Programa de Acción' el cual siguió el eje ideológico liberal y social. En Puebla, bajo la presidencia de Jesús Salazar Toledano, los delegados coincidieron en la idea de modificar los Estatutos, sobre todo en lo referente al método de selección de candidatos.

Colosio cuidó que en el renglón "Candidaturas" no se impusieran restricciones o candados, los cuales no hacían sino propiciar el mono-polio de los grupos tradicionalistas. Los famosos candados impedían el acceso al PRI de nuevas personalidades, de cuadros innovadores que el Partido era capaz de convocar así como de algunos representantes de diversos sectores de la población que se sentían alejados del Partido. Para la elección de candidatos Donaldo decidió ensayar la fórmula de "consulta a la base"; no obstante, se mantuvo alerta ante los resultados de este procedimiento, consciente del riesgo que en la práctica podía dividir al Partido. La reforma aprobada en la XIV Asamblea alentó enormemente a las bases del PRI.

La democratización del PRI es irreversible, pero debe ser progresiva, con oportunidad y en la unidad'

Colosio fue muy cuidadoso al implementar esa reforma. En octubre de 1990, después de la Asamblea, se renovó el Comité Directivo Estatal de Nuevo León; Colosio y yo comentamos el proceso a partir de la

tarjeta informativa que él mismo preparó. En ella, Donaldo anotó:

Debo decir a Usted que fue un proceso criticado por la prensa, sobre todo por (el periódico) *El Norte*, ya que se esperaba que en la renovación hubiera contienda de dos o más aspirantes. Tomé la decisión de no hacerlo de esa manera porque, ante la ausencia de un liderazgo local sólido, las fuerzas políticas al acecho podrían haber provocado escisiones. No estamos en posibilidad de poner en riesgo nuestra fortaleza ante la próxima elección. La democratización del partido es firme e irreversible, pero se tiene que hacer en forma progresiva, con oportunidad y en la unidad.

Al término de la tarjeta, Colosio agregó estas cálidas palabras: "Bienvenido de regreso a su patria. Nos sentimos profundamente orgullosos de la sobria, sencilla, pero eficaz manera de conducirse en la recuperación del liderazgo latinoamericano para México". Se refería a la gira de trabajo que durante una semana realicé por Bolivia, Argentina, Uruguay, Brasil, Venezuela y Honduras.

La transformación que promovió Donaldo Colosio en el PRI contribuyó a la gran victoria electoral de 1991 y fijó bases sólidas para la elección presidencial de 1994. En la elección federal de agosto de 1991 el PRI obtuvo el 62% de los votos y ganó 290 de los 300 distritos de mayoría en la Cámara de Diputados; asimismo, recuperó la totalidad de los distritos de la capital de la República y conservó el control del senado.

El 18 de agosto de ese año registré lo siguiente en mis- notas personales: "Donaldo hizo una tarea espléndida". La victoria contundente en la elección federal de 1991 representó un paso de gran importancia en la vida del Partido.

Colosio me comentaba con regularidad sobre sus tareas en el Partido. Por ejemplo, en julio de 1991 me envió una nota en la que expresaba juicios sobre su visita a Tabasco, Campeche y Yucatán. En Tabasco destacó: *t*, Aproveché parte del tiempo para afinar la relación entre el Gobernador Madrazo, Gurría y Gladys Cano (III Distrito). Al parecer avanzamos". Más adelante, expresó sobre Campeche: "El Gobernador con la misma apatía de siempre". Y finalmente expresó: "Yucatán se encuentra bajo un nuevo clima político. Dulce trabaja mucho y bien. Nuestros candidatos, todos, han acudido al debate en TV y Radio. [Carlos] Sobrino haciendo excelente campaña, es un activista nato".'

El 4 de marzo de 1992 participé en la conmemoración del LXIII aniversario del PRI. Colosio era el presidente del Partido. Como antes relaté, frente a más de 5,000 militantes y dirigentes presenté de la manera más completa las tesis del liberalismo social. En mi discurso rechacé las dos vías opuestas: la neoliberal y la populista.

A los pocos días, el 9 de marzo de 1992, hacia las diez de la mañana, Colosio me visitó en Los Pinos. Estaba muy entusiasmado por la victoria electoral del Partido y por las definiciones que trajo consigo el acto conmemorativo del PRI. Durante casi dos horas compartió conmigo sus puntos de vista sobre la consolidación de la reforma del Partido. Acompañó sus comentarios con un documento: "Reforma de la Revolución". Al terminar la charla, anoté algunas de sus palabras. "Se trata me dijo- de una reforma nacionalista, porque fortalece a la Nación al vigorizar a la sociedad, liberando espacios para el desarrollo de los actores sociales y su participación. Representa una reforma popular, porque respeta las formas de organización y las decisiones del pueblo organizado". En el documento Donaldo proponía recuperar una política de masas auténticamente popular. Exigía una nueva manera de hacer política desde el Estado. Para Colosio esta propuesta sintetizaba lo mejor de la Reforma Liberal del siglo XIX y la Revolución Social del siglo XX, con miras a preparar al México del siglo XXI. Proponía armonizar libertad individual y comunidad solidaria. Nos ayuda -agregó- a permanecer como mexicanos ya cambiar para abatir la pobreza y crecer con equidad y democracia". Su compromiso con el programa Solidaridad fue explícito: "Mediante ese proyecto -me dijo- se está promoviendo y coordinando la gran movilización nacional". Para Colosio, Solidaridad representaba una reforma de las mentalidades.

En "Reforma de la Revolución" Luis Donaldo expresó que el modelo económico se había agotado en el crecimiento hacia adentro, proteccionista y subsidiado. Había que alejarse del Estado intervencionista, propietario y populista. Había que reconocer, también, la nueva realidad internacional: fin de la Guerra Fría y despliegue de la globalización económica. Solo la presencia organizada del pueblo, con la participación

popular, haría que el Estado ya no sustituyera a la sociedad.

Colosio señalaba las razones para abrir la economía: era necesaria la reforma del Estado y detallar los elementos de la naciente relación Estado-empresa. También se requería un gran compromiso con la estabilidad macroeconómica. Durante nuestra charla Colosio delineó algunas tareas pendientes en el terreno de la democracia. Insistió en temas como el fortalecimiento del consenso, la sociedad civil y la comunidad. Hablamos también de las relaciones internacionales y de la atención a la cultura y el medio ambiente. Fue una reflexión a fondo sobre el cambio social.

Colosio consideraba que era necesario abrir una nueva etapa para el PRI. "Para esto- agregó en su texto-, es menester acompasar las lógicas y los tiempos de las adecuaciones sociales y las reformas políticas. Necesitamos -insistió- un partido de ciudadanos, con cuadros y movimientos sociales, capaz de formular políticas con relativa autonomía del Estado; un Partido que abandere la continuidad de la reforma de la Revolución basándose en una declaración de principios liberal-social".

Conforme comentaba estas reflexiones contenidas en su documento, Donaldo hacía señalamientos sobre la transformación de las estructuras internas del PRI (una transformación que él había iniciado). Colosio encabezó la construcción del nuevo pacto obrero-campesino y puso en marcha su integración con las dirigencias sindicales de avanzada, como las del magisterio y los telefonistas. Promovió el nuevo movimiento campesino al alentar a las organizaciones a que se integraran de abajo para arriba; se trataba de impedir que las dirigencias anquilosadas usaran la demanda de tierras como un anzuelo para engañar a las nuevas generaciones de campesinos, pues en realidad la presión demográfica hacía ya imposible aspirar al reparto agrario.

Colosio fue pieza importante en la construcción de nuevas estructuras de organización obrera. Por esta razón fue que le solicité que le entregara a los dirigentes sindicales la documentación que acreditaba el reconocimiento de la Federación de Sindicatos de Trabajadores de Bienes y Servicios (FESEBES). Luis Donaldo contribuyó también a impulsar la creación del nuevo Frente de Organizaciones Ciudadanas, con el objeto de dar cabida en el Partido a nuevos grupos de la sociedad civil y militantes individuales.

En aquella memorable sesión de marzo de 1992 y en otras posteriores, Colosio y yo dedicamos largas horas a reflexionar sobre la consolidación de la reforma del PRI, en particular sobre un aspecto central de su estructura: las nuevas bases creadas a lo largo de los años en las colonias populares de las ciudades. De esas consideraciones nació una nueva organización denominada Movimiento Territorial. Colosio y yo acordamos que esta organización promovería el surgimiento de nuevas dirigencias populares, lejos de aquellas que sólo sabían extraer recursos a cambio de la promesa de gestionar servicios. Gracias al Movimiento Territorial, aquellos dirigentes surgidos de Solidaridad que tuvieran afinidad con el PRI, podrían acceder al partido voluntariamente.

El tres de junio de 1992, tres meses después de aquella visita matutina, Colosio complementó su propuesta de transformación del PRI a través de un documento titulado "La Reforma Estructural del partido Revolucionario Institucional". En él identificó claramente cuatro periodos en la vida del Partido. El primero arrancaba en 1929, con la fundación del Partido Nacional Revolucionario (PNR) a instancias de Plutarco Elías Calles, y culminó en 1938. El segundo iba de 1938 a 1946 y cubría la etapa del Partido de la Revolución Mexicana (PRM) y de los presidentes Lázaro Cárdenas y Manuel Avila Camacho. El tercero abarcaba cuarenta y seis años de vida del PRI: 1946-1992. El cuarto período, de acuerdo al proyecto de Colosio, sería el de la "Refundación estructural del Partido de la Revolución Mexicana", su eje rector, de acuerdo con el documento que me entregó Donaldo, sería el liberalismo social. Las nuevas bases sociales del Partido se integrarían a través del Movimiento Popular Territorial, el Frente Nacional Ciudadano y el Pacto obrero-campesino.

En la nueva estructura que Colosio formulaba para el PRI, el Movimiento Popular Territorial se integraba a partir de comités de colonias, patronatos, asociaciones, comités sociales de base, asambleas municipales y estatales. El Frente Nacional Ciudadano se conformaba con organizaciones de derechos humanos, ecologistas, de causantes y jubilados, con un foro nacional de profesionistas y técnicos y una coalición nacional de agrupaciones de producción y servicios. Donaldo le otorgaba particular importancia a la

organización de los trabajadores del transporte.

El Pacto Obrero-Campesino era verdaderamente innovador. Su importancia sólo se apreciaba si se conocía su antecedente histórico. La administración del presidente Lázaro Cárdenas se opuso de manera terminante a que la naciente Confederación de Trabajadores de México (CTM) incluyera a organizaciones campesinas, El mismo presidente Cárdenas se manifestó en forma pública en contra de que la CTM convocara a un congreso de unidad campesina. Finalmente, con el establecimiento del PRM el Partido se estructuró en sectores y así quedó confirmada la separación surgida en los años treinta de obreros y campesinos} El Pacto Obrero-Campesino proponía terminar con la separación de las dos grandes organizaciones sociales de México. Sesenta años atrás se consideró -y en los noventa muchos aún juzgaban así- que unir a obreros y campesinos en una sola organización era crear una fuerza con demasiado poder frente al Estado. Colosio no compartía esta idea y por eso sugirió el Pacto.

En el caso particular de las luchas obreras, en mayo de 1990 Colosio me había hablado acerca de la conveniencia de crear un Centro de Estudios sobre Sindicalismo y Modernización. En aquellas fechas conversamos sobre la cuestión obrera. Luis Donald me dijo que los sindicatos eran indispensables en las luchas sociales y en la defensa de los intereses de los trabajadores. Me hizo ver la necesidad de impulsar el desarrollo gremial obrero y la acción sindical, dada la urgencia que la dinámica mundial demandaba. Para Colosio era necesario enfrentar la globalización con una estrategia de los trabajadores y sus organizaciones sindicales que incluyera la difusión de las características del proceso mundial. En un documento que entonces me entregó, Colosio incluía entre esas características la "reestructuración industrial, el cambio tecnológico, la apertura de las economías, la globalización y competencia por los mercados y las nuevas formas de organización del trabajo". El Centro de Estudios sobre Sindicalismo y Modernización buscaría vincularse con organismos de otros países que ya trabajaran en esos campos. Para Colosio, en conclusión, las circunstancias del momento exigían el fortalecimiento de las organizaciones obreras para garantizar su papel activo y su participación creativa en el proceso de modernización.

A partir de esa reflexión, y con el objeto de promover la alianza obrero-campesina, el primero de mayo de 1992 se dio el paso inicial. Ese día, en Palacio Nacional, al concluir uno de los desfiles obreros más participativos que yo haya presenciado (intervinieron un millón y medio de trabajadores), tuvo lugar una ceremonia singular: acompañado del gabinete en pleno atestigüé la firma de un convenio entre el congreso del Trabajo y la Confederación Nacional Campesina. en ese convenio se proponían iniciativas comunes para sus luchas y para promover acuerdos productivos. Las dos grandes organizaciones populares de México precisaron acciones para estimular la incorporación organizada de sus agremiados en el proceso de modernización del país.

Para consolidar la transformación estructural del Partido, Colosio elaboró una propuesta denominada "Estrategia de Lanzamiento y

Reafirmación del Consenso Político para la Refundación Estructural del PRI". Planteaba que durante cinco semanas se realizaran reuniones entre legisladores, gobernadores y presidentes de los Comités Directivos Estatales del Partido, para proceder a la reforma. La propuesta incluía, para finalizar. un evento de refundación del Partido.

Colosio planteó uno de los cambios más profundos en la estructura del Partido y buscó darle perspectiva de largo plazo. La reforma requirió de un cambio en la filosofía del PRI, una filosofía surgida en tiempos de economía cerrada y de partido único. Por eso Donald Colosio buscó la transformación de sus documentos básicos a partir de la filosofía del liberalismo social. Parte de esa reforma la llevamos a los hechos. El PRI incluyó al liberalismo social como su ideario. Se fundó el Movimiento Territorial, se dieron pasos importantes en el Pacto Obrero-Campesino y en el establecimiento del Frente Nacional Ciudadano. El magnicidio y el abandono posterior de los ideales de Colosio impidieron su consolidación.

Construcción de puentes hacia el interior del gobierno y en el ámbito internacional

En nuestros diálogos y en reuniones importantes Donald solía resaltar el trabajo de los legisladores, como a José Luis Lamadrid, José Trinidad Lanz Cárdenas, Miguel Montes, Rogelio Montemayor, Fernando

Ortiz Arana, Enrique Hurgos y María Esther Sherman, entre otros.

Desde el PRI, Colosio construía puentes de comunicación con miembros de mi gabinete. A principio de los noventa me envió una tarjeta manuscrita donde elogiaba tanto a Aspe como a Zedillo. La tarjeta, que todavía conservo, comentaba sobre *Examen*, la revista del PRI:

Señor Presidente: le envió el último número de *Examen*. Los artículos de Pedro [Aspe] y Ernesto [Zedillo] han gustado y enriquecido este ejemplar. Avanzamos. Un abrazo.

Como presidente del PRI, Donaldo tuvo relevantes actuaciones en el ámbito internacional. En octubre de 1990 realizó una gira por Estados Unidos. Sus conversaciones con el vicepresidente y con el líder del Partido Republicano fueron muy importantes en el marco de las pláticas del TLC. A su regreso, Colosio me alertó sobre un tema relevante: si bien era muy reconocida en los Estados Unidos la lucha que México desarrollaba contra el narcotráfico, empezaban a plantearse preocupantes reclamos por abusos contra los derechos humanos. Colosio tuvo expresiones muy elogiosas para el equipo negociador del TLC; en particular expresó su reconocimiento hacia el embajador Gustavo Petricoli y hacia el talento de Jaime Serra. En la tarjeta donde me informó de esa visita, Donaldo agregó:

Debo decir a Usted que es verdaderamente alentador y muy estimulante que en los distintos círculos académicos ..., financieros, instituciones de investigación ...y en diversas instancias política (vicepresidencia, senadores, diputados, Partido Republicano y Partido Demócrata, entre otros) México tiene una renovada y muy positiva imagen vinculada sobre todo a la actuación de Usted al frente del Gobierno de México.

Durante aquel viaje le llamó la atención un hecho especial. En una charla, algunos funcionarios del Departamento de Estado le reprocharon que el PRI hubiera apoyado a los sandinistas en Nicaragua, pero al mismo tiempo le pidieron que el Partido interviniera más activamente en la solución del conflicto salvadoreño. "Incluso me pidió Aronson [subsecretario para Asuntos Latinoamericanos] que en la medida que el PRI pudiera, intercediera ante el FMLN, ya sea de manera directa o a través de la COPPAL", me informó a través de una nota.

Durante el debate y la aprobación de la "vía rápida" del TLC, Donaldo amplió sus contactos con congresistas norteamericanos. Al mismo tiempo, diversificó su presencia internacional. En aquellos días obtuvo la presidencia de la Conferencia Permanente de Partidos políticos de América Latina (COPPAL). Ahí logró recuperar un liderazgo que el PRI había perdido en la región. En COPPAL Colosio realizó tareas delicadas que mostraron su capacidad para conducir asuntos internacionales. En 1990, a través de un comunicado, Colosio me hizo saber lo siguiente: "Dos importantes organizaciones colombianas solicitan una gestión de la COPPAL para empezar negociaciones de paz entre el gobierno y la guerrilla: la Unión Patriótica de Colombia (UP), partido miembro de la COPPAL, y las F.A.R.C., la mayor y más representativa de las agrupaciones guerrilleras. Lo solicitado es que la COPPAL promueva (sin ruido) el inicio del diálogo y luego le dé seguimiento. Además, que a través del PRI ella gestione que dicho diálogo pueda comenzar en México". Procedimos a lo anterior y lo hicimos del conocimiento de los conductos adecuados; se contribuyó de esa manera al indispensable proceso de diálogo.

Su paso por el PRI le dio a Donaldo Colosio una formación política sin paralelo. Sólo le faltaba la experiencia en la responsabilidad de gobierno.